

delineada pintura, con pinceles de mano maestra, Ortiz nos presenta, a su guisa, uno de los más distinguidos intelectuales costarricenses de aquellos tiempos de fines del siglo XIX.

Hablando sobre la interesante figura del director del *Heraldo de Costa Rica*, su autor discurre así: “*El Herald de Costa Rica* es Pío Víquez. Refleja al vivo su imagen: sus rarezas, hipérboles, veleidades y contradicciones”. Más adelante emite un sincero juicio sobre el autor del bello poema *La Torcaz*, y dice: “Pío Víquez, poeta, ganó legítimos laureles cuando encadenó la musa al verso”. Y al final da libre carrera a su festivo intelecto con este picaresco *in promptu*: “Hoy este original escritor tiene sus ardientes admiradores, y en lenguaje tarasconense llámanle aquí “el Juan Valera costarriqueño.”

Los restos de Pedro Ortiz, viril y talentoso periodista de la tierra de los lagos, reposan en humilde fosa del cementerio de San José, esperando que algún día sus compatriotas los lleven a descansar bajo los olorosos pinos de los bosques segovianos que él cantó, y cuyos perfumados aires mecieron la cuna de este intelectual, caído trágicamente, para entrar al mundo de las sombras cuando apenas había cumplido treinta y seis años de vida.

General Isidro Urtecho

Por Pío Bolaños

Nació en Granada, radicándose, al formar su hogar, en la ciudad de Rivas, Militar, diplomático, político y escritor, fué una de las más destacadas personalidades intelectuales del país. En su juventud tomó parte en la guerra nacional y su nombre fué honrosamente citado entre los militares que figuraron en ella. Por sus conocimientos militares, le fué concedido con justicia el grado de General de División, la jerarquía más alta de esa noble carrera.

Fué, con Enrique Guzmán, José Dolores Rodríguez y otros, miembro de un grupo político bautizado con el nombre de la “Montaña” que actuó durante los años de 1867 y 1871, ejerciendo la presidencia don Fernando Guzmán. Fué entonces que Urtecho principió a darse a conocer en la prensa. Ese grupo político, nacido en el seno del partido conservador, demostró tendencias hacia una izquierda moderada, y ya en 1879 el grupo había atraído a su centro a otros elementos intelectuales convirtiéndose poco después, en el partido “Progresista.”

En 1887, logró este partido llevar a la presidencia de la República a don Evaristo Carazo. Urtecho fué uno de los directores que en ese partido llegó a alcanzar preeminencia en la dirección de la política nacional.

El general Urtecho ejerció en su vida pública los cargos de Minis-

tro Diplomático, Inspector General del Ejército, Secretario de Estado, Inspector General de la Costa Atlántica y otros más, sobre todo en lo militar, cuando las ocasiones requerían sus servicios en ese ramo. Con motivo de su misión diplomática a Costa Rica, se dió a conocer ventajosamente en este país, donde aún se recuerda su acertada y discreta actuación como la de uno de los elementos mejor preparados en Nicaragua para esa discreta carrera. Contribuyeron a ese éxito sus dotes de hombre culto, inteligente y ameno conversador, así como el despliegue que hacía de su fina oratoria, de elocuentes y oportunas frases.

Pero, si la personalidad del general Urtecho se muestra de relieve, con singular eficiencia, ya en la carrera militar, ya en sus actividades políticas en favor del progreso material y social de la nación, o bien en el discreto desempeño de delicadas misiones diplomáticas, logró también con sus admirables producciones literarias, conquistarse honroso puesto en las letras nicaragüenses, figurando como uno de sus mejores y legítimos valores intelectuales. Su estilo es sobrio, flúido, elegante, estrictamente castizo. Poseía inteligencia penetrante, buena erudición y estaba al día en la evolución mundial del arte literario. Asiduo lector, al par que estudioso, no desconocía las obras clásicas. En sus escritos no hay nada de orfebrería de pacotilla, ni giros extraños al lenguaje. Escribía con naturalidad, ocupándose siempre de asuntos de interés histórico y ofreciendo en ellos el producto de un investigador serio y veraz, motivos todos que le sirvieron para hacer resaltar las cualidades de su ilustrado talento. Por los asuntos de que trató y la sencillez de sus frases, es que su obra vale y perdurará. Los artículos de controversia política dejan siempre un sedimento de enojosas molestias por las tendencias partidarísticas que los inspiran—no importa la serenidad y ecuanimidad del escritor—, siempre gozan de actualidad relativa. En cambio, quedan con vida perpetua, como un legado a las generaciones del porvenir, dando su fisonomía a la época a que aluden los escritos en que se trata de acontecimientos nacionales o locales o en las biografías de hombres que contribuyeron a formar la historia del país; y las producciones de esta naturaleza, amenas e instructivas, que nos relatan esos sucesos y nos pintan esos caracteres, ajustándose a la imparcialidad que debe procurar la crítica histórica para estudiar la vida de un pueblo, ya sea por la luz que arrojan sobre el conjunto de las condiciones sociales, ya sea por el desarrollo de la naturaleza humana son, decimos, las más útiles y apreciables. Este fué el arte que con más gusto cultivó el general Urtecho. De allí nace que su obra literaria e histórica sea objeto de entusiasta y sincera admiración por los que lo hemos leído desde nuestra mocedad.

De sus artículos debe citarse como modelo de bien decir el que escribió sobre la imagen de la Virgen del Carmen, que se conserva en la Iglesia de La Merced de Granada. Preciosa joya literaria, de hondo sentimiento y de los altos quilates como obra de arte descriptiva. La dificultad de encontrar un ejemplar del periódico donde se publicó ese trabajo del general Urtecho, nos priva de insertar aquí algún párrafo de esa producción, digna

de ser reproducida alguna vez como excelente muestra de la elegancia de la prosa nicaragüense de fines del siglo pasado.

Su obra de más aliento, sin embargo, como que abarca ella un interesante y trágico período de la historia nacional, es la biografía del Licenciado Laureano Pineda, notable figura política que actuó en los acontecimientos que siguieron al de la independencia. La biografía del Licenciado Pineda forma parte de su *Galería de Notables Rivenses*, escrita en 1907, apareció últimamente en el N^o 1 de la Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua. Ese trabajo es casi insuperable como estudio biográfico; completo y definitivo, por su bien ordenado discurso, la copiosa documentación que presenta para justificar los hechos, y el laudable empeño que pone el autor para que el nombre de ese noble varón no se borre de la memoria de sus conciudadanos. Por ese estilo escribió el general Urtecho otras biografías sobre personajes a quienes conoció y le han precedido en el viaje eterno. En todas ellas puso el acento de fina psicología, revistiendo sus juicios discreta alabanza, sin caer en el defecto de la vulgar adulación. Hay otros artículos también fundados en recuerdos de juventud, en los que pinta, con frases de poético adorno y apacibles matices, actitudes de su alma y añoranzas de viejos y olvidados hechos, así como de rincones por donde alguna vez discurriera su elástica mentalidad.

En los últimos años de su vida, que fueron largos, como que llegó a sobrepasar los ochenta, tuvimos la pena de encontrarlo en una calle de Granada. “La lumbre de los ojos se le había apagado”, como a Milton, mas no así la de su vigoroso intelecto. Producía aún, dictando al amanuense, y haciéndose leer alguna obra favorita para mantener el espíritu alerta y distraído, en medio de la oscuridad en que los achaques físicos, las pesadumbres y su ancianidad, lo habían colocado al llegar al final de su peregrinación por la tierra. Murió en 1915. El tiempo, dice el antiguo proverbio, lo produce todo y él mismo lo consume todo. Esto, por lo que respecta a la materia, pero lo espiritual como lo que brotó espontáneamente del cerebro del general Urtecho, permanece aún vivo, como un bello exponente de lo que puede dar Nicaragua, tierra de fragor y de vehementes luchas pasionales, así como también cuna de espíritus selectos que supieron cultivar con dilección el arte del bien decir.

San José, Costa Rica, 1940.

NOTA DEL AUTOR.—El año de 1870 ejercía en San Juan del Norte el General don Isidro Urtecho el cargo de Inspector General de la Costa Atlántica, cuando llegó a ese puerto un barco procedente de Costa Rica; y sabedor el general Urtecho que en dicha embarcación iba el ilustre Presidente de Costa Rica, Doctor don Jesús Jiménez, que había sido violentamente desterrado de su patria, pasó inmediatamente a bordo a presentar sus respetos al distinguido exilado y al conocer las precarias condiciones en que iba, le ofreció toda clase de facilidades y aún dinero para continuar su forzado viaje con toda comodidad. El Licenciado don Ricardo Jiménez Oreámun, hijo del ilustre hombre público costarricense, que nos refirió esta anécdota,

nos decía, que su padre nunca olvidó la gentileza del general Urtecho en aquella ocasión y siempre la recordó muy agradecido.

El hijo mayor del general Urtecho, ingeniero don José Andrés, que también ocupó lugar prominente en las letras y la política nicaragüenses, tuvo a su vez otra gentileza con otro desterrado político costarricense, el ilustre don Alfredo Volio, quien murió en Granada en 1918 víctima de la fiebre amarilla. El ingeniero Urtecho, al saber que aquel distinguido político costarricense había muerto, ofreció al general don Jorge, hermano de don Alfredo y a los amigos políticos y compañeros de destierro del extinto, un nicho en la bóveda que la familia Urtecho tiene en el cementerio de Granada, a fin de que reposaran ahí los restos de aquel ilustre personaje costarricense, mientras podían ser llevados a su tierra natal, Cartago.

Tanto la familia Volio, como la familia Jiménez, no olvidan, según nos consta, esos dos actos de gentileza que los dos Urtecho, don Isidro y don José Andrés, tuvieron con sus respectivos deudos.—P. B.

La Unión Centroamericana en 1846

(Véase en el N^o anterior-3-4-de esta Revista, pág. 208, la nota de don Rafael G. Escalante al Ministro de R.R. E.E. de Costa Rica, fecha 25 de julio de 1846, que antecede a los documentos que ahora publicamos, y que dan clarísima idea del porqué del fracaso de la Dieta General de Sonsonate, al par que asientan irrefutablemente la doctrina del separatismo en aquella época.)

N^o 1. (*)

Al Señor Ministro Gral. del Gobierno del Estado del Salvador.—D.U.L.= Sonsonate—Julio 16 de 1846—Habiéndose publicado un decreto del Gobierno fha. 13 del corriente en que se declaran en estado de sitio todas las poblaciones del Estado, he creído de mi deber como Representante por Costa Rica en la convención nacional, preguntar por el honroso de medio de U., si esta Ciudad que había sido señalada para punto de reunión de los Representantes de todos los Estados se debe ó no conceptuar incluída en dicho decreto. Espero Señor Ministro que me honrará U. con la resolución que el Gobierno Supremo tenga a bien dictar en el particular: ella servirá de regla a mi conducta posterior entre tanto que el Gobierno de Costa Rica, me dicta sus órdenes, á quien con esta misma fha. he escrito poniéndolo todo en su conocimiento.—Con el mas profundo respeto tengo la honra de suscribirme de U. muy atento y muy obediente Servidor.—Rafael G. Escalante.

Es copia.

Escalante

(*) Archivos Nacionales. Serie I. Gobernación N^o 8823.